Una selección de textos de

JOHANNA ELBERSKIRCHEN

ANARQUÍA SEXUAL, FEMINISMO Y HOMOSEXUALIDAD

PAIDÓS

ANARQUÍA SEXUAL, FEMINISMO Y HOMOSEXUALIDAD

Una selección de textos de
Johanna Elberskirchen

Traducción de Magdalena Antosz

PAIDÓS

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Johanna Elberskirchen
© 2020, Magdalena Antosz por la traducción

Derechos exclusivos de edición
© 2016, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia,
Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

1ª edición: marzo de 2020

ISBN: 978-956-9987-32-8

Impreso en: Salesianos Impresores S.A.

La prostitución del hombre

También un sermón del monte – además,
una lectura para mujeres

(1896)

Y serás un fastidio para todos
los devotos y ateos.

La calidad de un individuo se revela en sus necesidades y la forma de satisfacerlas. Ustedes demostraron, en relación con la mujer, necesidades finas, formas finas de satisfacerlas. A través de la mujer se revelaron como seres distinguidos, se hicieron respetar, revelaron una "alta" calidad humana.

Un título extraño, ¿verdad? También indignante, inmoral, ¿cierto? Más extraño, más indignante e inmoral es el hecho de que yo, una mujer, me permita ocuparme de este tema, de estas inmundicias humanas, particularmente masculinas, a las que se refiere el título. ¡Por supuesto! Pero, ¿cómo puede haber lugar para títulos como este? Es más: ¿cómo es posible que ocurran cosas como estas en el siglo que les pertenece, en el siglo tan elogiado y bendecido por ustedes, en el siglo de "importantes progresos", de la "moralidad elevada", de la "gran humanidad"? ¿Y cómo es posible que sean ustedes, la mayoría de mis lectores masculinos, tan desarrollados, morales y humanos, los que cometen estas inmoralidades, estas bestialidades? ¿No es lo más extraño, lo más indignante e inmoral? Pero ¿qué tengo que ver yo con su moral y su moralidad? Su moral no es mi moral y, con certeza, su moralidad no es la mía. Yo no quiero moralizar desde su perspectiva, sino desde la mía, completamente distinta. Desde una perspectiva que no surge de lo metafísico, sino que se basa en una subjetividad no condicionada. Por lo tanto, no esperen de mí objetividad. No pertenezco a los objetivos. ¡Al final, la objetividad tiende a validarlo todo, incluso a los parásitos y a los cerdos, incluso su moral y su moralidad! Pero la subjetividad no, yo no. Me asquean enormemente los parásitos y los cerdos. ¡También su moral y su moralidad! Con impaciencia y una implacable crueldad, ahuyento a los parásitos que me invaden, los aplasto;

con ira y asco rechazo al cerdo que se me acerca. Ambos me desagradan, me repugnan, me amargan la vida, la perturban, la agreden, ambos son obstáculos, enemigos de mi vida. Por lo tanto, para mí, no tienen derecho a la existencia, al menos no a la existencia cerca de mí. ¿Que ustedes no son parásitos, que no son unos cerdos? ¿Acaso he dicho eso? ¿No fueron únicamente ejemplos? Obviamente. No quise decir nada más que esto: aunque no tenga nada que ver con su moral y su moralidad, tampoco las quiero ni puedo validar. ¿Será porque me repugnan? ¡Oh, no! Por ustedes solo siento desprecio y, a veces, la máxima compasión. No, es porque ustedes me afectan mucho a mí y a mi sexo, porque su moral y su moralidad agreden a la mujer, la asquean, le amargan y envenenan la vida, porque se meten en el corazón de su vida y obstaculizan su crecimiento y desarrollo, impiden su florecimiento, destruyen lo mejor de su vida. Porque su moral y su moralidad son enemigas, agresoras y perturbadoras de la vida de la mujer. En pocas palabras, no puedo validar su moral y su moralidad, ya que se dirigen contra la mujer y, por lo tanto, contra mí. Y desde este punto de vista más subjetivo y, por lo tanto, más firme, más resistente, más justificado, arrojo, a través de este escrito, una maldición ardiente sobre su moral y su moralidad, me opongo a ellas, les digo a ustedes, a los fuertes, los morales, los superiores, que su moral y su moralidad son débiles, inferiores e inmorales; les digo un *no* rotundo, privado de consideración alguna, lleno de intolerancia, de la más subjetiva repugnancia, desprecio e ira. Pero lo digo también con todo el desenfreno del espíritu libre, audaz y noble.

* * *

¿Cambiarlos a ustedes? ¿Mejorar la situación de la mujer? ¿Cómo podría siquiera atreverme a esperarlo? No, solo intento

decir lo que aún no se ha dicho, ¡lo que nadie se atrevió ni quiso mencionar para, por casualidad, no exponerse a sí mismo!. Solo quiero comprometer lo que aún no se ha comprometido, ¡exponer su infamia, cobardía, hipocresía y debilidad! Ustedes, los fuertes, los superiores y morales son infames, cobardes, débiles e hipócritas. Y si eso me afecta, si yo, si la mujer tiene que tolerarlo, por lo menos ha de ser revelado. Entonces no intenten tapar su flaqueza con el abrigo complaciente de su moral. Les arrancaré ese abrigo con una mano firme e inquebrantable, y los expondré en toda su repugnante desnudez. Si la mujer lo debe tolerar, que por lo menos desde ahora no tenga que tolerarlo silenciosamente. Ya ha sido mucho tiempo. Hace ya demasiado tiempo que la mujer ha callado ante la miserable e infame superioridad masculina, hace demasiado tiempo que ha aguantado silenciosamente el enorme desprecio, la humillación, la depreciación de su sexo por parte del hombre. Durante demasiado tiempo ha cargado la mujer "prostituida", sola y callada, con toda la culpa, toda la desgracia de la prostitución. Durante demasiado tiempo ha tolerado la mujer silenciosamente al cómplice de las prostitutas y ha permitido arruinarse físicamente a sí misma y a sus hijos por el hombre; ha permitido manchar su cuerpo, y destruir su alma. Hace ya demasiado tiempo que la mujer ha callado ante este escándalo, esta atrocidad, esta aterradora y repugnante inmundicia, ante la terrible, espantosa difamación contra la mujer, contra la humanidad; ante la ridícula, miserable, indignante, conmovedora y atroz farsa de su moral y su moralidad. Es hora de hablar, ¡no!, de gritar, para que se escuche, que resuene en sus oídos, en los oídos de los fuertes, los superiores, los morales. Que por lo menos ocurra eso, ese es el único propósito de mi escrito.

* * *

Hablé de una farsa. ¿Porque no es una farsa esta indignación moral sin límites, esta negación rotunda de la prostitución por parte de toda la humanidad civilizada durante el día, y esta intensa y apasionada participación, esta aceptación absoluta de la prostitución durante la noche, a escondidas?

Y también dije: una farsa ridícula, despiadada e indignante. ¿Acaso no lo es? El personaje principal de esta farsa, el hombre fuerte y superior, ¡niega su papel de protagonista! Al igual que el avestruz, esconde la cabeza y levanta un grito ensordecedor desde su escondite: ¡*Cherchez la femme*![1], y piensa que nadie lo ve, que todo el mundo cree que él no tiene nada que ver con esta despreciable farsa, que él no haría lo que hace, que es puro, que es inocente como un recién nacido y que la única culpable es la mujer, débil e inferior. Y todo el mundo, cristiano y no cristiano, hace lo que él piensa: golpea a la mujer con toda la fuerza de su brutal mojigatería y le extiende a él, al hombre superior, necesitado de consideración y protección, un cheque en blanco para todas las atrocidades de su desenfreno sexual. ¿Eso no es lamentable, escandaloso? Él, el fuerte y superior acepta esta vergonzosa comedia, pero, ¿no tiene el coraje de asumir sus acciones? ¿No tiene el orgullo, la grandeza de aceptar también las consecuencias de sus actos que apuntan contra la moral? Entonces pone sobre los hombros de la mujer, por lo demás tan débil, la tremenda carga de la responsabilidad, del castigo social por la prostitución, de la totalidad de su miseria. Dado que él es débil, la mujer debe ser fuerte; el hombre excepcionalmente le permite ser fuerte a la mujer, ¡fuerte para ella! Ya que él es débil, dice: ¡*Cherchez la femme*! ¡Qué moral

1. N. de la Trad. "Encuentren a la mujer", en el sentido de que hay una mujer detrás, de que la mujer es la culpable.

más lamentable! Cuán miserables las gentes que la crearon. Gentes demasiado débiles, pobres y miserables para abogar por ellos mismos y sus acciones. Así es... ¡*Cherchez la femme*! Una historia muy vieja. ¿Fueron los franceses los que primero pronunciaron esta gran máxima, esta declaración benévola? ¡No! El primer orador fue el primer hombre. Adán. Consulten el Antiguo Testamento (Génesis, 3, 12)[2]. Ahí está la sentencia que revela la riqueza interior, la grandeza interior y la indulgencia, allí está escrita con mayúsculas, con letras ostensibles y grandiosas. Esta sentencia recorre el libro de la humanidad, el libro de la historia de la humanidad; nos lo grita provocadoramente en todas las páginas, desde la primera hasta la última. Eso da mucho que pensar. *Cherchez la femme.* ¡Qué abundancia de cobardía, infamia, hipocresía, en fin, de debilidad intelectual del hombre "superior"! ¡Qué abundancia de miseria, desgracia, grandeza y fuerza de la mujer "inferior"! *Cherchez la femme*, una careta malvada y diabólica que el hombre crea para sí mismo, para demostrar su superioridad, un certificado de incapacidad que se extiende a sí mismo, a su propio intelecto, una risa homérica sobre la responsabilidad del hombre, sobre todas las declaraciones de masculinidad poderosa y un potente himno a la fuerza intelectual de la mujer inferior. *Cherchez la femme*, una vez más. ¿No es lamentable? ¿No es indignante? ¿Lamentable e indignante en la boca del hombre superior?

Y dije: una farsa lamentable y escandalosa, ya que es lamentable y escandalosa. Los protagonistas de la farsa, los principales pecadores, los autores principales, ocupan lugares en los parlamentos, en las salas de audiencia, en las salas de oraciones, en los confesionarios. Juzgan y condenan a la mujer por sus pecados, por las bestialidades que ellos mismos cometieron,

2. N. de la Trad. "Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí".

le escupen a la mujer en el rostro, la crucifican. A esa misma mujer que tal vez todavía la noche anterior fue suya. Luego se van, se lavan las manos en el agua perfumada de inocencia, alisan con satisfacción sus pulcras barbas, se apoyan en la placentera conciencia de que su cómoda moralidad policial es intocable y se dirigen nuevamente hacia allá, desde donde vinieron ya tantas veces, donde la mujer maldita, infame, crucificada, donde la prostituta. Ellos, los puros, los morales, los fuertes. Ustedes, los que no se prostituyen. Los no prostitutos. Y yo me entrego a una profunda reflexión, a una larga e inquietante contemplación... De repente, se incendia toda mi ira desmesurada y hostil, miles de llamas les quieren alcanzar para carbonizarlos, consumirlos, destruirlos y en mi interior se levanta un grito: ¿no prostitutos? ¡Es la mentira más atroz, más vil e infame que se ha dicho! Ustedes, los puros, los morales, los superiores, ¡ustedes son los prostitutos! Igual de prostitutos que esas "rameras". Se prostituyen de la misma forma humillante y ordinaria por la que condenan a esas rameras como rameras. Son precisamente ustedes los que crearon la prostitución con su brutal y degenerado instinto sexual. ¡Ustedes, con su inmensa debilidad intelectual! ¿Acaso existiría la prostitución sin ustedes? ¿Sería posible? ¿Sería imaginable? ¿Quién busca a la mujer, la ramera, la prostituta? ¿No son ustedes? ¿Quién le ayuda a "prostituirse", quién le "paga"? ¿No son ustedes quienes lo hacen? ¿Quién es la tan necesaria, digamos "herramienta fisiológica" (es justo al revés: la mujer es una herramienta para los hombres) para las prostitutas en la gestión de su oficio, su profesión, la que ustedes denominan en público con tanto *pathos* como inmoral, repugnante y escandalosa? ¿No son ustedes? ¿No son precisamente ustedes, los morales y superiores, los que ayudan a poner en escena ese escándalo, esa atrocidad, esa inmoralidad y, además, lo hacen con tanto empeño, con tanta entrega y tanto altruismo? ¿No son ustedes, entonces, por

lo menos los cómplices de las prostitutas? ¿Pero no son en realidad más bien la condición, la premisa sexual, económica, pero sobre todo ética de la prostitución?; o más todavía, ¿los autores de la prostitución? Ustedes sonríen con sarcasmo, desprecio y negación, con lo que se delatan a sí mismos, con lo que dicen un *sí* rotundo y poderoso. Yo también los voy a delatar, les voy a gritar un *sí* en sus oídos, un *sí* que reviente, que haga pedazos su burla, su desprecio, su *no*.

* * *

¿Es inmoral la mujer? Y ustedes, que buscan a esa mujer privada de moralidad, ustedes, que cometen con la mujer las inmoralidades, que la convierten en una mujer inmoral, ¿ustedes sí, son morales? ¿No se prostituyen? ¿Cómo es posible? ¿Desde cuándo solo un individuo es responsable de un acto inmoral cometido por dos? ¿Desde cuándo? ¿No lo saben? ¿Y piensan que yo tampoco lo sé? Pero yo sí lo sé. Cuando uno de dos criminales es menor de edad y reconocido como incapacitado mental, en ese caso es absuelto, en ese caso se considera inocente. El hombre se absuelve, se declara inocente en cuestiones relacionadas con la prostitución. ¿Acaso eso significa que el hombre es inmaduro, que es incapacitado mental? ¿Y que la mujer es la que está en plena posesión de sus capacidades mentales? ¿Es la madura? ¿No es indignante, no significa una burla de toda la tradición, de toda la superioridad masculina? ¿Si el hombre fuera mayor de edad y estuviera en plena posesión de sus capacidades mentales, así sería el responsable, el criminal, el prostituto? Claro que sí, ¿y quién si no el hombre? Y debiera ser juzgado de forma severa, sin miramientos. Ah, ¿no? Entonces muéstrenme la diferencia principal, el abismo esencial entre el actuar del hombre y de la mujer. ¿Será el hecho de que ustedes pagan y no se les paga? ¡Hipócritas y mentirosos!

¿Qué es entonces lo que diferencia su actuar del de la mujer? Lo cierto es que comercializan su cuerpo, lo negocian. Eso es lo indecente. Lo mismo que ustedes consideran indecente en la mujer, lo que ustedes consideran prostitución. Nada los puede absolver de esa misma infamia, ni siquiera el hecho de que se encuentran en la situación favorable de ser los que pagan y de no ser los pagados.

¿Qué pueden decir en contra? ¿Qué es una necesidad? ¿Escucho bien? ¿Es una necesidad la prostitución? Tráiganme un látigo para dejarlo caer encima de ustedes, flagelarlos, marcarlos con sangre, dejarles marcas inolvidables. ¡Eso sí, señores miserables, es una necesidad! Ustedes quieren satisfacer su necesidad fisiológica, quieren y deben satisfacerla; ¿esa es su excusa, su justificación y su absolución? ¿Y cuáles son las necesidades de la mujer? ¿No son mil veces más que las de ustedes? ¿Qué creen ustedes? ¿Que la mujer por diversión se encierra en la precintada jaula de la prostitución, patentada y aprobada por el Estado? ¿Creen que la mujer por placer se deja tocar y manchar por cualquier cerdo que se le acerque? ¿Ustedes creen que a la mujer le encanta pasársela en sus madrigueras apestosas y que la contaminen a ella y toda su vida? ¿Tan tonta es la mujer? ¿Tan degenerada? ¿Ha caído tan bajo? ¡No! Los instintos de la mujer son demasiado finos, demasiado creativos y "maternales". Cómo debe llorar su alma, rebelarse su cuerpo antes de permitir convertirse en lo que es: *su cloaca*. Grito en tus oídos, sollozo y derramo las lágrimas sobre ti, mi pobre sexo humillado, profanado, y también en los oídos de la bestia degenerada y satisfecha. ¡La mujer satisface en el burdel su hambre amenazante, furiosa y salvaje!

Y si se considera un crimen satisfacer con ayuda de los órganos sexuales esta necesidad primaria y apremiante, el hambre, así es por lo menos un crimen satisfacer por cinco denarios de

plata, o como sea que calculan el precio, una necesidad secundaria, como la sexual, o digamos abiertamente una necesidad degenerada, la lujuria. Si la mujer comete un delito por salir a la calle y vender su cuerpo, es por lo menos un delito igual el hecho de que ustedes salen a la calle detrás de la mujer y compran su cuerpo —la lujuria es de ustedes—, y regatean con su cuerpo. Y si no es así, entonces ¿qué quieren de la mujer? ¿Quién se atreve a lanzar la primera piedra contra la mujer? Su excusa, su justificación y absolución también valen para la mujer.

* * *

Ustedes quieren preservar su salud, ¡por supuesto!, pero lo que hacen es destruirla. Quieren escapar de la neurastenia, de las enfermedades de la médula espinal, de la disfunción sexual causada por la abstinencia. Sin embargo, caen en ellas irremediablemente cuando menos lo esperan y, quizás, sin que alguna vez entiendan por qué. ¡Por su tratamiento de burdel, su desenfreno sexual, sus sexuales "horas extra"! ¿Y la sífilis? ¿Acaso también los ayuda a preservar la salud? ¿No será más bien un veneno que desequilibra y destruye su energía vital mucho más rápido, mucho más asquerosa e irremediablemente que la abstinencia? Pero claro, es su problema, no el mío. Pero es mi problema que ustedes lleven afuera del burdel su enfermedad, su peste, y la introduzcan en la familia. Es mi problema que usted, mi marido, me ensucie descaradamente a mí, su mujer, que sin escrúpulos contamine a su hijo todavía en el seno materno. Es mi problema que yo, su hija, herede su fuerza vital debilitada, contaminada y degenerada, que tenga que pagar por sus pecados, que por sus culpas yo cargue con enfermedades de todo tipo, con la neurastenia, con la estupidez y la locura. Es mi problema que sus pecados, señor, me despojen del placer más